



“Pienso, luego existo” escribió René Descartes, sentando las bases de una visión racionalista del ser humano, el cual fue bautizado posteriormente, con la misma idea, como *Homo sapiens sapiens*. La objetividad, establecida como núcleo del pensamiento racional, dejó en el limbo de lo denominado subjetivo una gran parte de todo aquello que constituye la esfera de lo humano, separándola aún más con el foso que divide lo cuantitativo de lo cualitativo. Las emociones fueron así a dar a ese limbo.

Inscrito en dicho paradigma, el estudio del ser humano poco se interesó por ellas, si acaso como un rasgo más de los llamados pueblos primitivos, considerados de comportamiento casi infantil y escasa racionalidad, o como un atributo propio de la mujer, considerada hasta hace relativamente poco con menor capacidad para razonar, llevada más por sus emociones que por el pensamiento, por lo que no tenía derecho a votar y era rara su presencia en el quehacer científico —algo que aún no termina de revertirse.

Ciertamente, ha habido movimientos como el romanticismo que enarbolaron las emociones como la esencia misma del humano, así como disciplinas que pugnaron por su inclusión, como el psicoanálisis, la psicología y la sociología, y en las ciencias biológicas Darwin había dejado una semilla con su trabajo sobre la expresión de las emociones. El encuentro de ambos polos ha sido lento pero fructífero, y poco a poco las emociones se han vuelto un campo de estudio en donde confluyen las neurociencias, la antropología, la historia, la biología evolutiva, la psicología y otras disciplinas que se siguen sumando.

Las neurociencias han sido quizá las que mayor respaldo han proporcionado al estudio de las emociones, profundizando en sus mecanismos, en las áreas del cerebro involucradas, su dimensión corporal, así como en su relación con el lenguaje, el aprendizaje, el pensamiento y la vida social. Varios son los laboratorios dedicados a su investigación, así como los enfoques y las teorías. Se destacan, entre otras cuantas, las obras de Antonio Damasio y Gerald M. Edelman, quienes han conformado una visión integral de lo que constituye la conciencia y los procesos que tienen lugar en el cerebro y en ella las emociones ocupan un lugar relevante. Impregnadas de un humanismo patente, sus reflexiones se adentran en la comprensión de cosas tan insasibles como los sentimientos, la diferencia entre éstos y las emociones, su intrincada relación, la interacción de cerebro y cuerpo que de ello deriva, la conciencia de sí en su pleno. Damasio ha sido pionero en esto. Por su parte, Edelman ha trabajado con una perspectiva evolutiva que libra elegantemente el adaptacionismo ramplón predominante, mostrando cómo la dimensión social pasa por la conciencia, la cual incluye desde la cognición hasta las emociones, incorporada (en cuerpo, literalmente), en procesos que se despliegan siempre en gran complejidad.

Un esbozo de la amplitud de este tema es el contenido de este número, incluido el reflejo que la llamada inteligencia artificial proporciona de los procesos de conocimiento humano, levantando múltiples interrogantes. Hay mucho por descubrir; esperamos que estas páginas despierten el interés por el tema, inciten a adentrarse en otras lecturas acerca del vasto e inabarcable continente que constituye la llamada conciencia humana. 